SR. PBRO.

DON ROSENDO PEREZ INIESTRA

CURA DE SULTEPEC, E. DE MEJICO.

L cisma ha sido en todos los tiempos el resultado de falsas filosofías, como la que germinó el Siglo XVIII después de haber pasado por todas las formas de una gestación iniciada en los tiempos judaicos i desarrollada después de la fundación de la Iglesia.

El cisma en los tiempos del Viejo Testamento fué un becerro de oro; en las del Nuevo, el traidor Judas, i en el presente siglo, el positivismo, esa falsa, falsísima doctrina que, separada de la verdad cristiana marcha i encamina al error, por más que en su apoyo se invoquen las ciencias. Las eiencias i la Religión son una misma, porque un solo Dios rige a la Naturaleza.

Las persecuciones de que han sido víctimas los misioneros en todos los países del mundo, el destierro i el martirio mismo han sido una consecuencia de las primeras persecuciones que sufrieron los Apóstoles al predicar el Evangelio, persecuciones que sufrió el Salvador del Mundo, persecuciones que, a ejemplo de aquel sublime Maestro, sufrieron i sufrirán con abnegación santa los Apóstoles de la fe.

Sambey en su *History of Brasil*, dice hablando de las hostilizaciones de que fueron objeto los PP. de la Compañía de Jesús por los ambiciosos colonos i malos sacerdotes que envió allí el rei de Portugal: "Todos estos misioneros eran esclarecidos en el desempeño de sus oficios i celosos por la salvación de las almas. Se habían despojado enteramente del apego a las cosas de esta vida, i si todos no merecieron los honores del martirio, al menos todos ellos ardientemente lo deseaban.

El Marqués de Pombal que llevó a la hoguera a Malagrida i otros sabios Jesuitas, que logró el destierro de ellos por un rei pusilánime, i que de los templos i escuelas del Brasil hizo ruinas, implantando el paganismo nuevamente allí donde ya fructificaba el árbol de la Cruz, fué un cismático que precedió a Voltaire i a Rousseau i que dejó plantada en América la semilla de esa división religiosa que tantos males ha causado en el Nuevo Mundo.

El cisma en América trajo consigo las continuas guerras intestinas que han asolado al territorio desde el Cabo de Hornos hasta el Golfo de Méjico i desde las playas del Pacífico hasta las que bañan las aguas del Atlántico; porque como mui bien hace observar un historiador contemporáneo: sin embargo de que los principios que se proclamaron con la In-

dependencia fueron unos mismos, no más que el giro dado a los negocios en cada uno de los Estados que la revolución hizo nacer, ha sido mui diverso, no habiendo de reunir entre todas sino desgracias, despotismo i miserias sin cuento que pesan sobre todos ellos.

Esa división punible que hoi vemos en Méjico entre la Iglesia i el Estado, ese desconocimiento imposible que se ha querido hacer del clero, es el resultado del cisma implantado por ambiciones bastardas.

No reconocer por un gobierno la autoridad de otro poder proclamado por la conciencia de ese mismo pueblo que lo elevó, es desconocer su propia autoridad, i si se tiene en cuenta que el poder de la Iglesia no se deriva de la voluntad de los hombres, sino de Dios, entonces el desconocimiento es en sí un cisma terrible que no prevalecerá, porque sobre él está el principio divino.

La violación i el desorden social son el choque entre la voluntad divina i la voluntad humana.

Todo gobierno invasor de la autoridad ajena no puede estar seguro de la propia.

La sociedad moderna está enferma a causa de las malas filosofías que tanto apogeo tuvieron en el siglo XVIII; para curarla hai que buscar la raíz del mal i ésta se halla en el cisma.

El elemento religioso es el único que puede salvar al hombre de sus males morales.

La conciencia religiosa necesita ser robustecida,

porque los absurdos i las preocupaciones la han debilitado al grado de hacerla casi insensible...."

El Sr. Pbro. Br. D. Rosendo Pérez Iniestra, es uno de esos sacerdotes ejemplares, de virtud acrisolada, de costumbres sencillas, que pasa la vida derramando el bien a las almas confiadas a su paternal cuidado.

Nació en Jilotepec, cabecera del Distrito de su nombre, Estado Méjico, el día 1º de mayo de 1855, en una humilde habitación. Sus padres, D. Ildefonso Pérez i Dª María Eufemia Iniestra, pobres, pero honrados, vieron en el niño Rosendo el séptimo fruto de su amor i santa unión.

Desde sus primeros años dió muestras de virtud i aplicación al estudio, observando una conducta

ejemplar i cristiana.

En el año de 1868 le faltaron las caricias de su amante madre, i desde entonces comenzó a sufrir las consecuencias de la orfandad. Pero con esa energía que lo ha caracterizado desde sus tiernos años, sufrió con resignación i paciencia aquel golpe terrible con que la Providencia divina ponía a prueba su fe i su veneración a sus augustas disposiciones.

Inmediatamente tomó la más profunda adhesión a la carrera eclesiástica, viendo en ella el término i con-

suelo de sus males.

Ese mismo año comenzó a estudiar latinidad, con la dirección del Sr. Cura D. José Apolinar Estrada, pasando después al Colegio de la Purísima, fundado en su población natal, yendo a continuar sus estu-

dios al Colegio Guadalupano de Acapulco, incorporado al Seminario de Méjico, hasta el año de 1873, cursando en este período, Latinidad, Lógica, Metafísica, Etica i Matemáticas al lado del M. R. P. Frai Feliciano Rosales. En 1874 pasó al Seminario de Méjico a repasar Filosofía,

En el Seminario, sus maestros lo distinguieron siempre por su aplicación i adelanto en todas las clases. Viven aún tres de ellos: el Sr. Canónigo Lic. D. Pablo de J. Sandoval, el mui R. P. José Soler i el Br. D. Samuel Argüelles.

En todos sus exámenes obtuvo las mejores i más honrosas calificaciones i premios.

Cursó Teología Dogmática, siendo catedrático de este curso el Sr. Dr. D. Domingo de Barínaga i Rementería.

En Septiembre de 1880 fué ordenado sacerdote por el Ilmo. Sr. Dr. Pelagio Antonio de Labastida i Dávalos.

El 8 de Octubre de 1880, la pequeña ciudad de Jilotepec se preparaba, ebria de gozo i entusiasmo, para recibir a dos de sus hijos más queridos, el nuevo sacerdote D. Rosendo Pérez Iniestra, i el Diácono D. José María Gómez Enríquez. Estos dos jóvenes, pobres huérfanos, emprendieron su carrera en la mayor de las miserias, mui especialmente el que nos ocupa; pero constantes i resignados, arrostrando todas las calamidades a que está sujeto el que carece de recursos, pero que tiene voluntad de carácter, o por mejor decir, fe sincera en la divina Providencia,